

misericordiosos como el Padre

Dios perdona todas tus culpas, y cura
todas tus enfermedades;
él rescata tu vida de la fosa y te colma
de gracia y de amor entrañable.

El amor entrañable de Dios. Cuando cantamos estos versículos del salmo 102 (103), pensemos en nuestras entrañas, en lo que tenemos más adentro de nosotros mismos, las vísceras, de donde salen nuestras primeras reacciones, las que llamamos viscerales. Las entrañas de Dios están llenas de amor, de ternura, de misericordia.

En esto se manifiesta que Dios todo lo puede: cuando ejerce su misericordia, su amor más «visceral». «El Señor libera a los cautivos, abre los ojos de los ciegos y levanta al caído; el Señor protege a los extranjeros y sustenta al huérfano y a la viuda; el Señor ama a los justos y entorpece el camino de los malvados» (salmo 146,7-9); «el Señor sana los corazones afligidos y les vendar sus heridas» (salmo 147,3). Dios es Aquel que está presente, cercano, providente, santo y misericordioso.

«Bendice, alma mía, al Señor, y no olvides sus beneficios» (salmo 102),



no olvides cómo te beneficia Dios porque es rico en misericordia.

«Dios es amor» (1 Juan 4,8.16). Quien ve a Jesucristo ve al Padre (cf. Juan 14,9). Jesús es el rostro de la misericordia del Padre, es el rostro de este Padre que es amor. Este amor se ha hecho visible y tangible en toda la vida de Jesús. Con su palabra, con sus gestos, con su persona, Jesucristo nos habla de misericordia. En él, nada es falto de compasión.

Como el samaritano, Jesús mira con un amor compasivo, con entrañas de misericordia, a las personas que lo siguen y a las que le salen al

encuentro en el camino. Las ve cansadas y extenuadas, perdidas y sin guía. Y siente por ellas una intensa compasión (cf. Mateo 9,36). Por eso, cura a los enfermos que le presentan (Mateo 14,14), calma el hambre de las multitudes con unos pocos panes y peces (Mateo 15,37), libera a los endemoniados (Marcos 5,19), resucita a los muertos (Lucas 7,15), llama a sus discípulos (Mateo 9,9-13). Jesús no ha venido a sanar a los fuertes, sino a los que están mal; no ha venido a llamar a justos, sino a pecadores. Y todos estamos mal, todos necesitamos misericordia, necesitamos la mirada entrañable que nos muestra el amor del Padre.

Recordemos las parábolas de la oveja perdida, de la moneda extraviada y la del padre y los dos hijos (Lucas 15). Pero pensemos también en la pregunta de Pedro a Jesús: «Señor, ¿cuántas veces tengo que perdonar las ofensas que me haga

mi hermano? ¿Hasta siete veces?». Y la respuesta de Jesús: «No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete» (cf. Mateo 18,21-22).

La misericordia de Dios no es sólo el obrar del Padre, sino que se convierte en el criterio para saber quiénes son sus verdaderos hijos. Todos estamos llamados a vivir de misericordia, porque a nosotros en primer lugar se nos ha aplicado misericordia. Dejar caer el rencor, la rabia, la violencia y la venganza son condiciones necesarias para vivir felices.

La misericordia de Dios es su responsabilidad por nosotros: desea nuestro bien y quiere vernos felices, colmados de alegría y serenos. Como ama el Padre, así aman los hijos. Como él es misericordioso, así estamos nosotros llamados a ser misericordiosos los unos con los otros.

La vida de la Iglesia se sostiene sobre la misericordia. «La Esposa de Cristo

«¿Quién de vosotros que tiene cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va a buscar la que se perdió, hasta que la encuentra? Cuando la encuentra, se la pone muy contento sobre los hombros y, llegando a casa, convoca a los amigos y vecinos y les dice: “Alegraos conmigo, porque he hallado la oveja que se me había perdido”» (Lucas 15,4-6).

«Hijo, conviene alegrarse, porque este hermano tuyo había muerto y ha vuelto a la vida, se había perdido y ha sido hallado» (Lucas 15,32).



prefiere usar la medicina de la misericordia y no empuñar las armas de la severidad [...]. Quiere mostrarse madre amable de todos, benigna, paciente, llena de misericordia y de bondad para con los hijos separados de ella». Así se expresaba san Juan XXIII en la obertura del Concilio Vaticano II. Allí donde esté presenta la Iglesia, allí debe ser evidente la misericordia del Padre.

Debemos abrir el corazón a cuantos vivan en las más contradictorias periferias existenciales, a los que viven en situación de precariedad y sufrimiento, a los hombres y mujeres y toda la creación herida a causa de la indiferencia de los pueblos ricos. La Iglesia está llamada a curar estas heridas, a aliviarlas con el óleo de la consolación, a vendarlas con la misericordia y a curarlas con la solidaridad y la debida atención. «No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados» (Lucas 6,37). Nadie puede convertirse en el juez de su propio hermano. Todos debemos percibir lo que de bueno hay en cada persona. «Perdonad y seréis perdonados. Dad y se os dará» (Lucas 6,37-38). Ser instrumentos del perdón, porque hemos sido los primeros en haberlo recibido de Dios. Ser generosos con todos sabiendo que también Dios dispensa sobre nosotros su benevolencia con magnanimidad.

«La alegría y el perdón son habitantes permanentes del mundo nuevo

Obras de misericordia

Corporales:

- dar de comer al hambriento
- dar de beber al sediento
- vestir al desnudo
- acoger al forastero
- asistir a los enfermos
- visitar a los presos
- enterrar a los muertos

Espirituales:

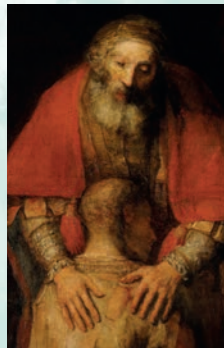
- dar consejo al que lo necesita
- enseñar al que no sabe
- corregir al que yerra
- consolar al triste
- perdonar las ofensas
- soportar con paciencia a las personas molestas
- rogar a Dios por los vivos y por los difuntos

que ha empezado con la resurrección de Jesucristo. Por si alguien no se hubiese dado cuenta todavía, ese mundo nuevo que Dios ha creado con infinito amor, es un mundo nuevo de amor para los que lloran, para los que conocen de cerca la miseria, para la humanidad llagada. Y supongo que sólo los que lloran, sólo los arrojados al borde del camino de la vida, sólo los llagados tienen ojos para ver al novedad que Dios a todos nos ofrece. El amor es la epifanía del mundo nuevo. La llagas, las de Cristo y las del mundo, son lo que está a nuestro alcance ver, tocar, para creer y amar» (Santiago Agrelo, arzobispo de Tángier).

La predicación de Jesús se hace de nuevo visible en el testimonio de los cristianos: llevar una palabra y un gesto de consolación a los pobres, anunciar la liberación a cuantos están prisioneros de las nuevas esclavitudes de la sociedad moderna, restituir la vista a quien no puede ver más porque se ha replegado sobre sí mismo, y volver a dar dignidad a cuantos han sido privados de ella.

La palabra del perdón debe llegar a todos. La llamada a experimentar la misericordia no puede dejar a nadie indiferente, en especial aquellas personas que se encuentran lejos de la gracia de Dios debido a su conducta de vida: los hombres y las mujeres que pertenecen a algún grupo criminal, las personas promotoras o cómplices de corrupción. Para ellos y para nosotros es el momento oportuno para cambiar de vida, para escuchar el llanto de todas las personas inocentes depredadas de los bienes, la dignidad, los afectos, la vida misma. Es el momento de acoger la llamada a la conversión, de someterse a la justicia, de acoger la misericordia que la Iglesia ofrece.

La justicia por sí misma no basta. Los hombres que invocan respeto por la ley pueden llegar a destruir la justicia. Dios va más allá: quien se equivoca deberá expiar la pena; pero este no



Misericordia

Es la palabra que revela el misterio de la Santísima Trinidad.

Es el acto último y supremo con el cual Dios viene a nuestro encuentro.

Es la ley fundamental que habita en el corazón de cada persona cuando mira con ojos sinceros al hermano que encuentra en el camino de la vida.

Es la vía que une a Dios y al hombre, porque abre el corazón a la esperanza de ser amados para siempre no obstante el límite de nuestro pecado.

La misericordia es fuente de alegría, de serenidad y de paz. Es condición para nuestra salvación.

(Francisco, Bula de convocación del año de la misericordia *Misericordiae vultus*)

es el final, sino el inicio de la conversión, porque se experimenta la ternura del perdón. La misericordia no es contraria a la justicia, sino que expresa el comportamiento de Dios hacia el pecador, ofreciéndole una ulterior posibilidad de examinarse, convertirse y creer.

La cruz de Cristo es el juicio de Dios sobre todos nosotros y sobre el mundo, porque nos ofrece la certeza del amor y de la vida nueva.

Sed misericordiosos como el Padre.

Dad gracias al Señor, porque es bueno, porque es eterna su misericordia.